

La narrativa minera de Bolivia*

Por Mario MIRANDA PACHECO**

LOS MINEROS DE BOLIVIA, señores y siervos del metal, son los protagonistas de una narrativa original y emblemática, plasmada en relatos que amalgaman un imaginario asombroso con la búsqueda mítica de riqueza y poder. De manera invariable, las novelas y cuentos mineros afirman la singularidad de un mundo insólito y sorprendente, orlado de mitos y leyendas y opacado por ominosas sombras de injusticia y explotación. Este trabajo, en cortes continuos, sigue el curso de la actividad minera de Bolivia, con el propósito de comentar algunos aspectos relevantes de su narrativa, significativa por el dramatismo de sus relatos y reveladora de realidades poco menos que ignoradas. Las sucesivas etapas de la minería boliviana configuran el *continuum* histórico que ha moldeado la existencia de los mineros, entregados a la búsqueda del metal que ofrece fama y fortuna a unos pocos y priva de dicha y esperanza a quienes lo extraen del vientre de la tierra.

1. El Kollasuyo, Potosí fabuloso, y los mitayos

EL primer nombre de Bolivia seguirá siendo rehén en el olvido. La memoria aún no lo ha redimido. Los incas —actores recientes en la historia sin edad de los pueblos andinos— designaron a esta región con el nombre de Kollasuyo. Varios cronistas de la Conquista escribieron que antes de organizarse el imperio incaico los pobladores de Tiahuanaku, enigmática metrópoli del altiplano boliviano —fundada en “la era de la obscuridad”, según el mito— explotaban minerales y metales diversos. Los objetos artísticos y de uso cotidiano que dejaron los tiahuanakenses confirman dichos textos. Según Juan de Betanzos (*Suma y narración de los Incas*, ed. 1987), cronista bien informado de la historia prehispánica de Perú, Pachacutec, noveno inca del imperio, atraído por la abundancia de oro y plata en el Kollasuyo, conquistó esta región con un ejército de 150 mil hombres. Bajo la dominación incaica, las minas de oro se situaron en vegas selvosas y cálidas; las que producían plata estaban en el Altiplano y en las cordilleras. Desde

* Ponencia presentada en el XIII Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina, celebrado en la ciudad de Lima del 30 de julio al 5 de agosto del 2001

** Profesor titular del Colegio de Estudios Latinoamericanos, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

los inicios del coloniaje español, por su fabulosa riqueza mineral y la abundancia de fuerza de trabajo. la región fue objeto de apetencias tenaces y febriles, librándose en su territorio guerras violentas, enardecidas por la codicia de los conquistadores. Su casi inverosímil producción minera, asentada en tres siglos continuos de régimen colonial, fue reacondicionada en función de los requerimientos posteriores del desarrollo capitalista. El sello que la naturaleza y la historia le dieron a esta región andina distingue a Bolivia en términos de “país minero”, o “depósito natural de minerales”, como solían llamarle los estrategas de consorcios nativos y extranjeros.

A partir de 1544, año del descubrimiento del Cerro Rico de Potosí (*Sumac Orko* en quechua), esta montaña no ha cesado de producir plata y otros minerales utilizables por la industria moderna. En más de cuatro mil bocaminas abiertas en los flancos de la montaña se extinguieron veinte generaciones de mitayos, antepasados históricos del proletariado minero del siglo xx. A los pies del Cerro, a 4060 metros sobre el nivel de mar, en 1545, se fundó la Villa Imperial de Potosí. Las cifras de su población crecieron con velocidad pasmosa. En 1572 vivían en la ciudad más de cien mil habitantes. En 1580, según el censo ordenado por el virrey Toledo, esa cifra se elevó a 120 mil. En 1650, rivalizando en población con París, Londres y Nueva Amsterdam, hoy Nueva York, la Villa Imperial llegó a tener más de 160 mil habitantes. El Cerro Rico, “monstruo de riqueza, cuerpo de tierra y alma de plata, abriendo la boca para llamar al género humano” —según la descripción de Bartolomé Arzáns de Orsúa y Vela (*Historia de la Villa Imperial de Potosí* [1776?], ed. 1965)— atrajo a hombres y mujeres de toda condición y de distintos lugares del mundo, obsesionados por los sueños de riqueza, fama y poder, representaciones tangibles del imaginario minero. Por el volumen y valor económico de su producción, el Cerro Rico de Potosí, trofeo de riqueza sin par del imperio español, tuvo señera importancia en la evolución económica de Europa.

En la explotación de las minas de Potosí se consumó un genocidio de larga duración. La incesante actividad minera, en tres siglos, diezmó la población indígena de numerosas comunidades o *ayllus* formados en milenios de tradición agraria. En los socavones, ingenios y “canchas” mineras murieron alrededor de ocho millones de mitayos, trabajadores sometidos a la “mita”, turno de trabajo personal y obligatorio, heredado de formaciones sociales anteriores y adaptado a las exigencias del modo de producción colonial. Legiones de hombres alquilados o vendidos por encomenderos, caciques y corregidores, o reclutados en levadas atroces, llegaban al cerro, “verdugo de los indios”, metáfora elo-

cuente pero poco acertada de Luis Capoché (*Relación general del asiento y Villa Imperial de Potosí*, 1585). El cerro era sólo el cadalso; verdugo era el sistema. Los mitayos morían de mil maneras; unos aplastados por las “aizas” o derrumbes en los socavones. Muchos otros morían de hambre y agotados por el trabajo; muchos más, tal vez todos, morían víctimas del “mal de mina”, espectro letal que penetra en los pulmones con el polvo fino y ametalado desprendido de la roca.

Aunque las Leyes de Indias y otras ordenanzas de la época normaron salarios, turnos de la mita y el avío de víveres, los propietarios de las minas no acataron esa normativa y nada hicieron para mitigar, mucho menos erradicar, distintas formas de aniquilación de los mitayos, hombres de siembra y cosecha, obligados por la fuerza a cumplir un trabajo ajeno a su práctica histórica. El salario de tres pesos por semana se perdía en la compensación de la deuda por víveres—deuda sin fin—y en el pago de la “comisión” a los intermediarios de su traslado a las minas. La jornada de trabajo de doce horas se “doblaba” por noches y días. Los mitayos que ingresaban a los socavones, si volvían a la luz del día, regresaban atenzados por un irreversible proceso de defunción. Alfonso Crespo (*Los Aramayo de Chichas*, 1981), en patético relato, sintetiza la muerte masiva de esos condenados del subsuelo: “Millares de mitayos habían perecido en los socavones de Potosí, víctimas de la extenuación. Sus osamentas rellenaban los huecos dejados por los filones de plata”.

La legendaria época de Potosí, oscurecida con el holocausto mitayo, no ha dejado novelas ni cuentos escritos con las modalidades que tiene el género. Lo que hace número en la literatura minera colonial de Bolivia es la descripción de situaciones, personajes y sucesos de la época. En *El arte de los metales* (1640), Álvaro Alonso Barba, cura de San Bernardo, una de las catorce parroquias de la Villa Imperial, describe la disposición de las minas, sus formas de explotación, el uso del azogue y otras particularidades de ese mundo poseído de locura blanca, locura de la plata. Por su parte, Arzáns y Vela, en su ya citada *Historia*, describió la inquieta vida de la Villa Imperial, orlada de leyendas, milagros y tesoros, relatos a los que Ricardo Palma ha dado nuevo aire en sus celebradas *Tradiciones peruanas*. En esta línea de narradores-historiadores se inscribe Pedro Vicente Cañete y Domínguez, con su *Guía de la Provincia de Potosí* (1787), relación histórica de ese prodigio tectónico que se apoderó del alma de una sociedad y de una época.

Los “tradicionalistas” de Potosí, compiladores y narradores, pertenecen a otro tiempo. Modesto Omiste (*Crónicas potosinas*, I, II y III,

1893-1894) y Julio Lucas Jaimes (*Crónicas potosinas*, 1896), recrearon la atmósfera de esa ciudad evocando una época sin retorno, como todas las que registra la historia. Las novelas *Era una vez* (1935) de Abel Alarcón y *Cuando vibraba la entraña de plata* (1948) de José Enrique Viaña, son obras de ficción que enriquecen la retoma multiforme de dicha época. Manuel Frontaura Argandoña, en su novela biográfica *El Precursor* (1941), describe diversos hechos y escenarios de la vida de los mitayos en la Villa Imperial de Potosí en 1612. En esta novela destacan el romance y ajusticiamiento de Joseph Alonso de Ibáñez, legendario héroe potosino comprometido en una conjura revolucionaria precursora de la independencia. *La Guerra entre vicuñas y vascongados* (1975, 3a. ed.), obra de Alberto Crespo, es a la vez historia y novela de una guerra civil cruenta (1622-1625), librada en Potosí, entre vascongados ricos y otros españoles y criollos no favorecidos por la fortuna.

A principios del siglo XIX, la actividad minera del Alto Perú, nombre que por ese tiempo tenía el territorio de lo que hoy es Bolivia, sufrió una grave crisis originada por la escasez del azogue, insumo esencial para la amalgamación y fundición de los minerales argentíferos. En 1802 decayó notoriamente la producción del Cerro Rico y de las minas aledañas. La región no podía ofrecer la cantidad ni la calidad de la plata que, en años y siglos anteriores, había rendido la prodigiosa producción de minas y mitayos, simbiosis de leyenda y sacrificio que ese mundo sin par ha dejado para la historia. La situación minera empeoró en dieciséis años de guerra por la independencia (1809-1825) y por largos y cruentos años en los cuales se cerraron las minas poseídas por los españoles que abandonaron la región, escenario de la guerra; otras quedaron en el olvido, o se derrumbaron e inundaron por la incuna en que se encontraban. Terminada la guerra de los altoperuanos en los campos de Tupiza, al año siguiente de la batalla de Ayacucho se fundó la República de Bolivia, Estado nuevo, patria nueva, socorrida por una minería agonizante.

2. Patriarcas de la plata, barones del estaño

EN la nueva república, algunas minas explotadas en la Colonia reanudaron su producción con formas de trabajo similares a las que sobrellevaron los mitayos. Si bien el Estado de reciente creación promulgó leyes nuevas, éstas no tuvieron fuerza suficiente para abolir usos y costumbres perpetuadas en tres siglos. Las vetustas estructuras del orden social y económico eran poco menos que intocables. Entre 1825 y 1865

Bolivia se hizo país exportador de plata fuerte, acuñada por el Estado y algunos particulares en la Casa de Moneda de Potosí. La moneda boliviana circuló y fue factor de atesoramiento en el sur peruano y el norte argentino. Esta actividad llegó a su fin con el sellado de plata feble, arruinando el negocio estatal y privado (Antonio Mitre, *El monedero de los Andes, región económica y moneda boliviana en el siglo XIX*, 1986). La evidencia de que, por entonces, sólo las minas chicas estaban en actividad y no hubo figuras descollantes de la minería (Luis Peñaloza, *Nueva historia económica de Bolivia*, 1983), no inhibe la formulación de una pregunta: ¿qué sucesos mineros relevantes se habrían producido en esos terribles años de ambigüedad nacional, años de invasiones extranjeras, de guerras facciosas y de “alzamientos”, años necesariamente enlazados con la actividad minera, la única rentable en ese tiempo? No hay narrativa minera de esa época; los historiadores de la literatura no la registran.

En el último tercio del siglo XIX, el país vivió la derrota de la Guerra del Pacífico (1879-1884), en tanto que los minerales de plata tomaban nuevo vuelo en el mercado metropolitano. En ese contraste de frustración nacional y de bonanza minera para los exportadores, surgieron opulentos empresarios mineros del sur del país, que Antonio Mitre distingue llamándolos “patriarcas de la plata”. Tres de ellos, Arce, Pacheco y Alonso, gobernaron el país entre 1880 y 1898, configurando el periodo conservador de la historia política de Bolivia.

La “revolución federal” (1898)—dirigida por los liberales en circunstancias en que se desplazaban de sur a norte los espacios mineros— dio paso a una formidable eclosión social y étnica, transformada en guerra civil. En el curso de estos acontecimientos se derrumbó el poder de los patriarcas y terminó el ciclo minero de la plata, afectado desde poco antes por la baja cíclica de precios en el mercado internacional. El contexto del trágico siglo XIX boliviano, con el país despojado de ingentes riquezas naturales, de su costa y de sus puertos marítimos—imprescindibles para la exportación minera— y alienado en motines, contiendas de facción y frivolidades de la época, carece de una narrativa que trate las vicisitudes de la nación y de su minería. Para que surgiera este tipo de narrativa, el país tuvo que esperar otros tiempos que hicieran más férrea la dependencia del país, más dura la miseria en el campo (proveedor único de brazos mineros), más drásticos los desequilibrios y conflictos del hombre y la sociedad con el *establishment* cimentado en la minería.

Con el Partido Liberal en el poder, Bolivia ingresó a una nueva fase de explotación minera. Esta vez fue el estaño, metal sin aura ni prosa-

pia, pero imantado de innumerables mitos del imaginario minero. En las primeras décadas del siglo xx, “el más terrible de la historia occidental”, según Isaiah Berlin (en Eric Hobsbawm, *Historia del siglo xx*, 1998), surgieron y se desarrollaron en el país tres poderosas empresas, organizadas como enclaves capitalistas. En más de medio siglo de producción y exportación irrestricta de minerales, entre ellos el estaño como el más importante, las empresas de Patiño, Aramayo y Hochschild asumieron el rango de “gran minería”. A sus propietarios, la opinión pública les puso el mote de “barones del estaño”. Al servicio de “los barones”, se formó una casta excluyente y autoritaria, encaramada en las instituciones públicas y los partidos políticos, monopolizadora de la prensa y de la producción literaria. El pueblo llamó a esa casta “la Rosca” y a la triada de grandes empresas, “el superestado minero”, concepto simbólico que refleja el grado de su dominación en los órganos del sedicente Estado soberano y en el desenvolvimiento de una sociedad dual, someramente modernizada en las ciudades y tradicionalmente atrasada en las áreas rurales y mineras.

La integración del *establishment*, con las grandes empresas y los sectores mediano y chico de la minería, tuvo significativa importancia para una narrativa específica. Describir y narrar la vida y el trabajo de los mineros en una empresa grande o mediana —organizada como sociedad anónima, con uno, o con varios propietarios ausentes, lejanos e invisibles, equipada con tecnología moderna y con un salario pagado con relativa regularidad— no era ni es igual que narrar las experiencias de los trabajadores en una mina chica, organizada usualmente como empresa familiar, limitada en recursos técnicos y financieros, equipada con herramientas rudimentarias y administrada con usos y costumbres paternalistas. En este nuevo contexto, la narrativa minera asumió un papel definido y claro. Se convirtió en espejo que refleja la condición humana del minero y su mundo. Para decirlo de otro modo, los cambios ocurridos en la evolución de la minería boliviana incidieron notoriamente en la actividad literaria, ampliando la vinculación del narrador con la realidad y extendiéndose al dominio de técnicas no sólo literarias, hecho que se traduce en las novelas de la época cuyo contenido incide en descripciones objetivas de paisajes sociales y en ensayos de interpretación antropológica.

El nuevo giro de la narrativa estuvo a tono con el tiempo histórico. El siglo xx, siglo de guerras y revoluciones y de grandes logros científicos y tecnológicos, fue también un siglo de intensa explotación de países y hombres en innumerables enclaves capitalistas. A mediados de ese siglo y en varios países de América Latina, se ha escrito una

literatura comprometida, propositiva de proyectos históricos de distinto signo político y social. La difusión de ese tipo de literatura no ha sido fruto del azar, sino expresión de la conciencia crítica de una época. Por aquel entonces, salieron de la imprenta numerosas novelas y cuentos que reflejaban la explotación imperialista en países bananeros, azucareros o de otro sello monoprodutor. Fueron obras concebidas en la perspectiva de la denuncia y elucidación de innumerables frustraciones nacionales, conjugadas por los consorcios. Bolivia minera vivió esa época. Los enclaves de las grandes empresas abrieron sus compuertas al trabajo masivo de millares de hombres del campo, quienes, antes de incorporarse a las minas y convertirse en proletarios, llevaban y llevan una vida marcada por la feudalidad remanente del país. Estos cambios propiciaron en gran forma la búsqueda de nuevas matrices para la narrativa, el ensayo, la poesía y otros géneros literarios.

Bajo el dominio tradicional de una oligarquía de terratenientes y grandes mineros (“feudalburguesa” para los ideólogos de tierra adentro), Bolivia llegó a ser el segundo país productor de estaño en el mundo. La gran minería, pregonando ese logro de la producción total del país como trofeo suyo, exigía que la nación se eternizara produciendo minerales y más minerales. En el entramado de tales intereses, la lógica del superestado minero no era otra que la acumulación de fabulosas fortunas y de cuantiosas inversiones en países extranjeros, desdeñando la necesidad de redimir a la nación de su atraso y al Estado de su penuria permanente. En estas condiciones, intolerables para el país, fermentó una crisis nacional profunda, cuyo desenlace condujo al estallido de la “revolución nacional”. En los inicios de la Revolución, el pueblo y los trabajadores mineros obligaron a que el Estado, en 1952, nacionalizara las grandes empresas. Con este acto heroico, se iniciaba una nueva época para la minería boliviana, sobre todo para los trabajadores.

¡Nueva época! Las minas y la minería representaban el alfa y omega del destino nacional. Destruído el superestado, se desmoronó el poder de los barones y de la Rosca. El país vivió el hecho de la nacionalización como el *summum* de una redención histórica, anhelada desde la época mitaya y colonial. Fueron tiempos de epopeya que coronaban una larga etapa de luchas ideológicas, sociales y políticas. La nacionalización de las minas, inicialmente, fue un objetivo programático en el congreso universitario de 1928. La Guerra del Chaco, tragedia nacional y frustración de la oligarquía —traslapada con los efectos de la crisis capitalista de los años treinta, años en que se agudizaron la miseria y la desocupación en las minas— aunó la voluntad popular de

llevarla adelante. Los partidos progresistas la inscribieron en sus programas. La masacre de Catavi de 1942 y la Tesis de Pulacayo de 1946 apuraron la urgencia de realizarla. Como culminación de esta corriente histórica, los trabajadores mineros la impusieron en 1952. Lo que llama la atención es que —en esa situación histórica excepcional— no se hubiera escrito una novela que tenga como fondo narrativo la nacionalización minera, una obra que traslade al lector las experiencias, logros y frustraciones del pueblo y los trabajadores mineros, quienes, en el encantamiento de la revolución, un parpadeo de la historia, dejaron de considerarse mitayos modernos y, en otro parpadeo, la “relocalización” y desencantamiento neoliberal, se vieron reducidos a la condición de parias posmodernos.

3. *El mundo minero, objeto de narración*

LA literatura boliviana se aproxima al mundo minero en distintos niveles. El más superficial aparece en obras cuyo núcleo narrativo es ajeno al tema. En novelas y relatos de corte naturalista y costumbrista, las alusiones a ese mundo (“irse a las minas”, “trabajar en las minas”, “estar en las minas” etc.) representan situaciones tangenciales. La aproximación es más minuciosa en el ensayo, entendido como literatura reflexiva, escrita con imágenes y conceptos que calan hondo en asuntos poco dispuestos para la ficción literaria. Sergio Almaráz (en la crítica del *establishment* empresarial); René Zavaleta (en el análisis social e ideológico); Guillermo Lora (en la historia y explicación de la experiencia obrera); Juan Albarracín (en la reconstrucción histórica del poder minero), son ensayistas que alcanzaron logros significativos. La biografía, escrita usualmente en tono ejemplarista, cumple el seguimiento de la vida y la personalidad de potentados y barones. Sus obras dan cuenta de hechos y circunstancias propias de la mentalidad y el comportamiento empresarial, en una perspectiva distinta de la que ofrecen la novela o el cuento. Patiño tuvo sus biógrafos nacionales y extranjeros (Ch. Geddes, M. Carrasco, R. Querejazu); de Aramayo se ocupó un historiador (Alfonso Crespo); y de Hochschild se leen semblanzas ocasionales.

En los últimos años se escriben relatos personales, usualmente anotados y transcritos por un interlocutor dedicado a la historia oral. Esta variedad de la narrativa autobiográfica tiene su lugar en espacios de lo que se ha dado en llamar “historia de abajo”. *Si me permiten hablar: testimonio de Domitila* (1977), es un ejemplo.

Otro, definitivamente distinto, es el nivel de tratamiento literario de minas y mineros en su narrativa específica. La tradición minera del

país; el medio geográfico y las vivencias del paisaje minero; la investigación *in situ* de los narradores; los perfiles étnicos y el atraso cultural de la masa trabajadora; la toma de conciencia de su miseria y explotación; el uso del poder político por las empresas; la influencia de diversas corrientes sociales, literarias e ideológicas de la época, entre otros, son referentes infaltables del discurso narrativo, ensamblado con las representaciones de un imaginario que insufla la arrogancia de los poderosos y refuerza la explotación de los trabajadores. Sobre esta base, las novelas y cuentos mineros reflejan el enjambre de articulaciones que dan estructura y movimiento a un mundo sorprendente, percibido como un orden de hombres y cosas, en el cual, *mutatis mutandis*, los mineros encarnan una existencia troquelada en la otredad, fusionada con la sucesión y alternancia de adversidades que constituyen la sustancia dramática de la narrativa minera.

La primera novela boliviana de tema minero es la de Jaime Mendoza, *En las tierras del Potosí* (1911). Fue la única en el momento en que se organizaba la "gran minería" a escala internacional. Después de treinta y cinco años de silencio narrativo, surgió un ciclo de novelas cuyo enfoque abarca los espacios del *establishment* empresarial y el ámbito existencial de los trabajadores. En este ciclo destacan *Metal del Diablo* (1946), de Augusto Céspedes; *Socavones de angustia* (1947), de Fernando Ramírez Velarde; y *Mina* (1953), de Alfredo Guillén Pinto. A estas novelas escritas antes de la nacionalización se añaden otras presentadas con el mismo enfoque. Entre ellas se cita: *Canchamina* (1956), de Víctor Hugo Villegas y Mario Guzmán Aspiazu y *El precio del estaño* (1964), de Néstor Taboada Terán. Aunque no es una novela minera en sentido estricto, por su relato de una rebelión en las minas y el momento de su publicación, años de la Guerra del Chaco, cabe agregar *Aluvión de fuego* (1935), de Óscar Cerruto. Terminado el ciclo a mediados de los años sesenta, se publica la novela *Espirales de viento* (1999), obra póstuma y autobiográfica de Óscar Dávila, que se aparta del enfoque usual. En la cuentística minera destacan las narraciones de Adolfo Costa du Rels, Hubo Blym, Wálter Montenegro, Óscar Soria Gamarra, Adolfo Cáceres Romero, René Pope, Jorge Barrón Feraudi y Wálter Guevara Arze, entre otros.

En las novelas mencionadas, sus autores abordan frecuentemente dos aspectos de patética intensidad. Por una parte, la vida del campesino que se convierte en minero; por otra, la del trabajador minero como tal. Esta dualidad temática se remonta al pasado. En tiempos del Potosí colonial, el campo fue el único proveedor de fuerza mitaya de trabajo. En la época actual, esta situación no ha cambiado sustan-

cialmente. Miles de campesinos quechuas o aymaras, acosados por la miseria y por otras desventuras de su vida agraria, llegan a las minas buscando un salario, sin importarles los riesgos y sacrificios que les impone la actividad minera. La continuidad de la desventura que envuelve a campesinos y mineros ha sido objeto de lúcidos comentarios de Armando Soriano Badani (*Antología del cuento boliviano*, 1997, 3ª ed.). En la Introducción de esta obra se lee:

Pareciera que los temas sombríos, sórdidos y necesariamente conmovedores, son los únicos que poseen atractivo para los cuentistas, quienes presumiblemente renuncian al tratamiento de asuntos que aparejan optimismo [...] De ahí que todavía resuenan aisladas voces, que continúan dramatizando tramas sobre la cuenta explotación campesina [...] En cuanto se refiere a la cuentística minera, cabe observar que la atmósfera de la acción narrativa sigue desarrollando temas similares a los tratados antes de la nacionalización de las minas, transformación esencial que, para los trabajadores mineros, apenas tiene la significación de un cambio de patrono, que continúa explotando su fuerza proletaria con igual indiferencia por su salud y economía individual, como ocurría en el pasado. La negligente maquinaria estatal que administra las minas no ha transformado notoriamente los sistemas materiales de trabajo, permitiendo que pervivan las insalubres e inseguras condiciones que propician acaecimiento inminente de accidentes y enfermedades profesionales. Todos estos aspectos tradicionalmente tratados por la cuentística mantienen vigencia, justificándose el acento lastimero, conmovedor y de protesta reivindicativa que alienta la cuentística minera actual.

Los aspectos vitandos que enmarcan la vida de los mineros dan pie a juicios drásticos e imágenes sombrías que reflejan el rechazo a una otredad ominosa. En las primeras líneas del prefacio de otra compilación de cuentos (Ricardo Pastor Poppe, *Cuentos mineros del siglo xx*, 1995), Mario T. Soria escribe:

Ya Dante, en su *Divina Comedia*, nos hizo visitar y temblar en cada círculo de su Infierno. En Bolivia, quien entra a una mina revive esa visita y tiembla ante un infierno lleno de misterio, miseria, codicia, desesperanza, superstición y deshumanización [...] Cada socavón se convierte en un círculo dantesco donde el protagonista, el indio altiplánico, sacrifica su vida. Su existencia es un constante desvivir, tísico, embrutecido por la coca y el alcohol, embrujado por el misterio de la mina y por esa mestización entre cristianismo y paganismo.

A su vez, en la misma obra, el compilador Pastor Poppe pregunta:

¿Quiénes son los mineros? En los cuentos y novelas bolivianos, los mineros son, en general, campesinos que han dejado las zonas rurales llevados por la codicia, la ambición y el deseo de ganar, y en poco tiempo, suficiente dinero para lograr su gran aspiración, esto es, comprar un pegujal. Poquísimos lo logran y no se escribe sobre ellos. Los más, pasan su vida perdiendo progresivamente su identidad en las galerías de las minas. Cuando los mineros no caen en las manos de las fuerzas represoras o los engranajes de la empresa, o las tormentas de los Andes, son los accidentes, generalmente derrumbes y, sobre todo, la silicosis lo que acaba con lo que queda de los que antes fueran campesinos jóvenes y fuertes.

Al margen de las reservas que suscitan algunos conceptos vertidos en los comentarios de Soria y Poppe, la vida de los mineros, ciertamente sobrecogedora, da la impresión de ser una construcción imaginaria de la inventiva autoral; sin embargo, lo que se lee en su literatura es la imagen de un mundo que, por el verismo de su reflejo, traslapa sus perfiles con los de la realidad.

4 Dentro y fuera de los socavones del Diablo

LA realidad minera y su reflejo en la narrativa muestran un mundo contrahecho, cruel y miserable. Las minas de Bolivia se instalan usualmente en laderas sin fin y en cumbres montañosas, coronadas de nieve eterna. A esa altitud, 3 500 a 5 500 metros sobre el nivel del mar, las plantas se niegan a nacer y si nacen se resisten a crecer. El paisaje minero, adormecido por el viento helado de la cordillera, o estremecido por las borrascas de lluvia, granizo y nieve, impone su grandiosidad y miseria. En la transparencia del aire de altura, el color verde tiene escasa presencia; aparece como distintivo de algunas piedras y vetas de mineral. El trabajador minero dura poco; la monotonía del medio ayuda a que el trabajo rudo y las asperezas de la vida destruyan su alegría. El silencio de la montaña y la oscuridad de los socavones contribuyen a que el lenguaje sea breve y conciso; los obreros mineros hablan poco, usualmente de sus carencias y necesidades cotidianas; ocasionalmente de la esperanza, entendida por ellos como horizonte inalcanzable de redención colectiva. Las mujeres sin empleo y los niños pasan los días entre las bocaminas y el campamento, hasta que el despido, la enfermedad o la muerte del jefe de familia altere su rutina erosiva. Los días de pago se hacen más ligeros en los bares y chicherías, donde el alma del minero se desdobra en coplas dedicadas al amor ausente, o en promesas y deslealtades, celos, riñas y envidias. Los campamentos son viviendas precarias, unas más miserables que otras,

sin estilo local y sin otro atractivo para los trabajadores que un espacio utilizado como cancha de fútbol, o como lugar de reuniones masivas y especiales. Sergio Almaráz, con lúcida percepción, les llamó “cementeros mineros”. Escasos y deficientes, la modernidad y el confort son accesibles sólo en las oficinas principales y en la vivienda del personal jerárquico. Las máquinas, los cables eléctricos, los andariveles, los ingenios mecanizados, en suma, la tecnología moderna de la producción, exclusiva de las grandes empresas, dan toques de progreso en la soledad de los campos mineros.

De manera general, la vida en las minas genera un peculiar estado de ánimo que diluye la existencia del trabajador en una perspectiva sin alternativas, y si se presenta alguna, la oscura necesidad de existir es la única que prevalece. Aunque todos los novelistas tratan profusamente estos temas, Augusto Céspedes, Alfredo Guillén Pinto, Fernando Ramírez Velarde, en sus obrascitadas, describen con dramático realismo la grandeza del escenario minero y la miseria de un género de vida. El cuento “Tempestad en la cordillera” de Wálter Guevara Arze, enlaza la sordidez de la vida minera con la ira de los elementos.

El narrador no inventa ambientes perversos e inhumanos; los reproduce en el espejo de su literatura. La mina donde el trabajador se aliena y anquila —en la narrativa y en la realidad— no es sólo el socavón, el mineral y la roca, la desnutrición o la enfermedad, el accidente de trabajo, la dinamita, o las masacres, sino el sistema, la empresa y los gerentes, los técnicos y capataces, las deudas y la miseria, las listas negras y el despido, la promiscuidad y el tugurio que habita, el *apartheid* en los campamentos y las oficinas, las chicherías y cantinas, donde el minero gasta lo que gana y lo que no gana, en fin, la mina que describe la narrativa es un mundo enajenante, una empresa de compleja explotación material y espiritual dirigida desde fuera o dentro del país. ¡La mina!, ¡ser minero!, espejismos que seducen a hombres y mujeres, pocos blancos, más mestizos, y una abrumadora mayoría de campesinos acosados por su pobreza secular, que llegan a la mina movidos por la ilusión de que “ahí se gana” y se puede sobrevivir con la esperanza lancinante de volver algún día a su lar inolvidable. *Metal del Diablo*, *Espirales de viento*, son espejos bien bruñidos que reproducen este mundo complejo. El cuento “Aisa”, de Óscar Soria Gamarra, transmite, poco menos que en vivo y en directo, las imágenes patéticas de un accidente de trabajo en el interior de una galería minera. *Socavones de angustia*, de Ramírez Velarde, es una novela bifronte en la que su autor instala el espejismo minero en el alma campesina.

En la vida real el concepto *minero* se escinde en una pluralidad de significados. Minero es el patrón, el propietario, o empresario, y también mineros son los obreros, los trabajadores. El concepto no se agota en la mención de estos actores principales del mundo minero. Sus significados se extienden a otros, como el cateador de minas, el laborero y el maestro de escuela. El cateador busca el mineral en montañas y abismos inaccesibles. Lee las asperezas y colores del paisaje como si leyera su libreta de apuntes; arranca “muestras” de la montaña y las examina con todo su saber de taumaturgo. Su fallo, inductor de sueños de riqueza, no es un medio de lucro. El único tesoro que guarda es su memoria, atlas luminoso de vetas, mantos, bolsones, clavos, filones, aluviones del mineral buscado, sustancia del mito minero. El laborero, geólogo nato, sin escuela ni universidad, es el arquitecto de los socavones y de todo cuanto exige el asedio de la veta en las tinieblas subterráneas o en la superficie terrestre. El maestro de escuela minera trabaja en el subsuelo del analfabetismo masivo; su magisterio se amalgama con la explotación de los trabajadores, y su labor, como la de cualquier otro trabajador, enfrenta el desprecio y la discriminación de la empresa. Aunque los relatos mineros se desarrollan linealmente, siguiendo el protagonismo de patrones y trabajadores, los personajes de segunda fila —cateadores de minas, laboreros y maestros de escuela— tienen presencia significativa. Costa du Rels, en su cuento *Plata del Diablo* y en su novela *Los Andes no creen en Dios*, trata de los primeros con admirable dominio. El maestro de escuela minera tiene papel destacado en las novelas *Mina*, de Guillén Pinto, y *Socavones de angustia*, de Ramírez Velarde. Los demás narradores, no todos, abren el foro de sus relatos a los laboreros, sin detenerse en la atención que merecen.

Otros personajes menores de la narrativa son los que roban o instigan el robo del mineral, los comerciantes viajeros, las chicheras, los cantineros, las prostitutas, los espías y matones de la empresa, los agentes policíacos y otros actores de los bajos fondos. Su participación se inserta en pasajes ocasionales, diseñados por el narrador sin el propósito de ingresar a los dominios de la picaresca, aunque cada espécimen del *lumpen* minero es un pícaro, con la desventaja de que sus acciones engañosas, sus complicidades, su lenguaje, son burdos, carentes de ingenio y atractivo.

El minero trabajador y el patrón o propietario, o simplemente “la empresa”, son ejes contrapuestos y constitutivos de la narrativa minera. Su enfrentamiento, larvado o violento según las circunstancias, determina la intensidad dramática de los relatos. Las novelas y cuentos mineros reflejan esta oposición sin concesiones. El trato cotidiano de

uno con otro refuerza la frontera infranqueable de la explotación; frontera existencial que los une sin unirlos y los separa sin separarlos. Para el patrón, magnate o pobretón, la explotación es un derecho natural, inalienable; para el trabajador es la cuota de necesidad que le reserva la vida. En este contraste real, la narrativa minera genera dos categorías míticas distintas: la suerte y el destino. La suerte de los mineros propietarios se resuelve como un juego de azar, según las cartas que tenga en la mano, en tanto que el destino de los trabajadores se diluye en contiguos e inacabables círculos de abnegación y desventura, sellados por la fatalidad de la explotación. La huelga es el arma que los mineros tienen a su alcance. La utilizan para intentar la ruptura de esos círculos. La masacre y la represión son soldaduras con que la empresa repone la circularidad de la explotación. Óscar Cerruto en *Aluvión de fuego*, Augusto Céspedes en *Metal del Diablo*, Villegas y Guzmán en *Canchamina*, Néstor Taboada en *El precio del estaño* y Wálter Montenegro en su cuento “Masacre”, trataron los temas de la explotación, la huelga y la masacre con notables niveles de profundidad.

El mundo minero real y el que describe la narrativa son madejas de prejuicios, discriminaciones y abusos. El obrero minero, hebra perdida en esa madeja, si es aymara o quechua que no habla o habla poco español, sufre el estigma de su origen racial y étnico, padece la degradación de su calidad humana en el racismo de gerentes, cajeros, pulperos y mandones que le niegan su capacidad de sentir y pensar. Si es mestizo que sabe leer, menospreciando al indio monolingüe, tal vez llegue a trepar por las escaleras del micropoder. Si es mujer india o mestiza, sufre el acoso sexual de los capataces y de otros actores de la vejación. Si el minero es patrón rico, su lugar está en la ciudad, con fugaces visitas a la mina; si es gerente o administrador bien pagado, en especial si es gringo, su insensibilidad social y sus relaciones públicas se traducen en despotismo y corrupción. Si es obrero, su sitio es el lugar de trabajo rudo, el “interior mina”, otra madeja de socavones y tinieblas. La pulpería no es sólo tienda de artículos de consumo, sino, sobre todo, fábrica de deudas y arma eficaz del *lock out* empresarial. Las listas negras, las “liquidaciones”, el despido y las masacres son “soluciones” de la empresa coludida con agentes civiles o militares del poder político. Las asambleas, paros y huelgas representan medios de autodefensa colectiva. La solidaridad de clase, la labor del sindicato, el trabajo de mujeres y niños son lecciones de elevada moral que se enseñan y aprenden en la vida cotidiana. El antihéroe, el “malo” de la mina — en la vida real, o en la ficción narrativa — encarna el abuso y servilismo de los administradores, mandones medios, capataces, agentes

policíacos, espías de la empresa, esquiroleros y otros. Las novelas *Metal del Diablo*, *Mina*, *Socavones de angustia* y *Canchamina* son las obras que siguen con rigor y detalle los enredados hilos de esta madeja. El cuento "Copagira", de Adolfo Cáceres Romero, narra la vileza de un mestizo cantinero en una horrenda historia de violación y muerte.

En la mina viven también personajes impalpables y poderosos. Son entidades que existen en una dimensión imaginaria, como existen los santos milagrosos, o los demonios que intervienen en el destino de los hombres. El más importante de éstos es el *tío*, el "tío" para los narradores, el Diablo para quienes creen en él. Dueño y señor de la mina y el mineral, el "tío" impera en las tinieblas del subsuelo. René Poppe, en su cuento "Koya loco" (1973), describe al "tío" representado por una estatuilla fabricada de barro, desnudo y sentado en una gruta de la roca, los brazos pegados al cuerpo, el falo erecto, el rostro alargado, las orejas puntiagudas, los ojos con franjas de varios colores, la boca con un cigarrillo apagado. Según otros narradores, se presenta ante los mineros como un niño, o como un gnomo. Sea cual fuere su apariencia, es un personaje fabuloso del imaginario minero, una deidad. Se dice que fuma y bebe de las ofrendas con que lo honran en recónditos santuarios del subsuelo; prohíbe el ingreso de mujeres y frailes al interior de la mina; hace que se pierda o reaparezca la veta del mineral; se estremece con los "tiros" de dinamita; causa en los socavones "aizas" o derrumbes que aplastan y asfixian a quienes se dice que no le rinden tributo. Aunque es un tío cruel y sin sobrinos, no todo en él es malevolencia; de vez en cuando es generoso. Con una voz musitante avisa a los mineros la proximidad de la veta; éstos, escuchándola, entienden que el mineral está al alcance de un golpe de picota o de barreno, o de un "tiro" de dinamita.

El "tío", el Diablo, es el personaje dominante del imaginario minero; sin embargo, no todos los autores se detienen en él, ni abordan sus orígenes ciertamente históricos. En narraciones de diversa extensión y factura se lo menciona con frecuencia, o se le da carácter metafórico y sustentante del relato. Tal es el caso del cuento *Plata del Diablo*, de Costa Du Rels. En este relato, mencionado en otra parte del presente trabajo, el Diablo, invisible, no descrito, está vivo en la muestra metalífera que sangra con el toque de un cuchillo y en los abismos donde él, guardián de sus riquezas, atrapa la vida del cateador de minas. En su novela *Metal del Diablo*, Augusto Céspedes describe a éste y a otros personajes del imaginario minero, todos fantásticos, seductores y atrayentes. La obra de Céspedes refiere el origen fascinante, casi mágico, y la acumulación pasmosa de la fortuna y el poder de Zenón Omonte,

nombre camuflado de Simón I. Patiño, “rey del estaño”, rey del metal que le arrebató al Diablo con “la sangre de los obreros de Bolivia”. En la parte final de su obra, Céspedes crea una visión fantasmal de la agonía de Omonte, momento en el cual menciona al Diablo como destinatario del “alma de metal” del magnate y como personaje que pondrá punto final en la historia del rey agonizante. Así, la obra más renombrada de la narrativa minera de Bolivia, descifra los secretos del Diablo, la deidad más eminente del imaginario minero.

5. Notas adicionales

Por sus orígenes y contenido, este conjunto narrativo destaca su valor emblemático como espejo de un mundo que ha dado identidad y sentido a Bolivia. Sus rasgos distintivos legitiman su sello nacional. A manera de síntesis, anotemos algunos de estos rasgos:

a) La narrativa minera de Bolivia se inicia en una etapa distante del tiempo en que comenzó la construcción del mundo minero. La materia narrada recoge las experiencias de los trabajadores en la primera mitad del siglo xx. En las etapas anteriores no se escribieron novelas y relatos que den cuenta de ese mundo, espacio de un género de vida deprimido desde sus orígenes. En las obras que forman parte de esta narrativa se percibe al trabajador como referente inmediato de un discurso centrado en la perversión de la convivencia en las minas. Esto quiere decir que el trabajador minero se constituye en sujeto literario, presentado como actor, testigo y víctima de un mundo que demanda humanismo y comprensión. Los relatos, espejos de la explotación y desamparo en que viven los trabajadores, configuran una respuesta uniforme a dicha demanda.

b) La polaridad de “siervos y señores de la mina”, señalamiento de Óscar Dávila en su novela citada, traduce la oposición irreductible entre el minero patrón y el trabajador. En tanto que sedimento de la historia y conciencia de clase, esta oposición representa el eje de la narrativa minera, tratado en los relatos como contradicción insalvable. La explotación secular de millones de mitayos en las minas de Potosí ha decantado sentimientos de amargura y dolor en el conglomerado étnico de aymaras y quechuas, quienes, tanto ayer como hoy, conforman casi la totalidad de la masa trabajadora. Las novelas y cuentos mineros que describen huelgas, asambleas y masacres reverberan resonancias de ese sentimiento que forma parte de un discurso ideológico. A su vez, las listas negras, el despido individual o masivo, el *lock out*, la represión, configuran signos de la intolerancia empresarial de hoy, se-

mejante a la crueldad que denunciaron en su tiempo José Santos Atahualpa, Túpac Amaru y otros cabecillas indios que sitiaron y arrasaron varios centros mineros del Potosí. El discurso político-sindical, no siempre presente en la narrativa, es el tipo de relato que trae resonancias del pasado, contrastando la imposible protesta mitaya con la intermitente rebelión obrera de los tiempos actuales.

c) El desplazamiento del imaginario minero en el tiempo responde a la latencia e intrusión del pasado, ley ínsita en la continuidad de la historia. La riqueza y el poder, representaciones míticas de la imaginación colectiva, han estado presentes en toda explotación minera de ayer y hoy. Sin propósito manifiesto, los narradores actualizan situaciones y hechos que preservan la trascendencia de esas representaciones que configuraron el *tempo* minero del Potosí. En sus obras se cierne el pretérito, sin que el narrador, las más de la veces, se proponga tender puentes para llegar a él. La remisión narrativa al pasado no configura evocaciones textuales, sino la transposición imprevista de vivencias privadas de discurso. Así, diversas formas de explotación e injusticia que padece el trabajador actual, remiten subrepticamente a las condiciones de desamparo y miseria que enfrentaron los mitayos. *Socavones de angustia* y otras novelas de parecida textura sirven de ejemplo para percibir la traslación de las representaciones del imaginario minero, en la cual la intrusión inadvertida del pasado penetra en las historias *narradas*.

d) En las novelas y cuentos mineros se respira una atmósfera de otredad. Para el trabajador, “el otro” es el patrón, la empresa, igualmente que para el patrón “el otro” es el trabajador. Esta polarización en la narrativa equidista atributos contrarios. Así, para el patrón, “el otro” tiene una significación traducida en valor productivo de bajo costo, en tanto que para el trabajador, “el otro” interfiere su relación con la mina, su fuente de vida, de la que se apodera “el otro”, explotando su fuerza de trabajo. En esta correlación irreversible, se cruzan las órbitas de patrones y trabajadores que giran en sentido contrario y que la narrativa minera recoge en un espacio de identidades excluyentes.

e) El realismo de la narrativa minera está centrado en el diseño de arquetipos sociales irreductibles, el explotador y el explotado. En este proceso, ceñido a pautas casi canónicas, se depuran las características de personajes y situaciones de la vida minera para darles la consistencia requerida por la imaginación narrativa. Así, en obras distintas, incluso distantes en el tiempo, resaltan discursos de marcada semejanza. Esto se debe a que el narrador, en el empeño de lograr autenticidad, le da al mundo minero visos de un *ghetto* consuetudinario (entendido en

sentido medieval). En tal situación, las alternancias del explotador y el explotado siguen un modelo dicotómico que no propone reglas distintas de las que impone la actividad productiva.

f) En las novelas y cuentos mineros no hay voces exaltadas de la imaginación colectiva que busquen realizaciones milenaristas. La desorientación, las frustraciones y la desesperanza son estados de ánimo que se enfrentan en las minas grandes o pequeñas sin la presencia de profetas ni alucinados. El ánimo de reflejar una realidad y la intención de que los relatos sean espejos del acontecer minero, inducen a que los narradores reproduzcan en sus obras un mundo desprovisto de ornamentos idealizantes, mesiánicos y utópicos. Tal es la realidad minera y tal es la imagen que refleja su narrativa. Apartarse de esta praxis del reflejo literario significaría escribir una narrativa sin referentes históricos y sin la posibilidad de transformar la materia social y humana en producto literario.

g) El naturalismo tiene su espacio en escenas que revelan la riqueza emocional de personajes protagónicos o secundarios. Su espontaneidad se manifiesta en actos de amor familiar y de respeto a la gente mayor, o en otros de lealtades y deslealtades, de dudas y temores compartidos en el trabajo etc., tratados en la narrativa, sin que el narrador pida gran cosa al convencionalismo y a la artificiosidad. La cantina, los convivios, los rituales idolátricos, las celebraciones religiosas y muchas otras circunstancias y sucesos narrados, se constituyen en expresión “natural” de lo que provisionalmente podría llamarse cultura minera, sinónimo de “mundo minero”.

h) La tríada de realismo-naturalismo-costumbrismo recalca en el uso de un vocabulario compuesto de términos españoles deformados y de expresiones nativas, predominantemente quechuas. Los narradores lo utilizan de manera selectiva, con el propósito de dar mayor fuerza y verismo a sus relatos. Es un vocabulario tradicional, poco dinámico, formado originalmente en el habla de millones de mitayos. Su intrusión en la narrativa incide en una etnolingüística, orientada hacia la preservación del intercambio simbólico y de relaciones sociales específicas de la actividad minera.

i) Los rasgos de la novela minera boliviana sugieren incluirla en lo que se ha dado en llamar “novela de la tierra”, tipo de narración que busca, o expresa, la identidad cultural de una región en la atmósfera envolvente de la modernidad y la globalización. Carlos J. Alonso (*The Spanish American regional novel: modernity and autochthony*, 1989) afirma que la “novela de la tierra” es una respuesta a la crisis de la modernidad y la cultura de América Latina, crisis en la que tiende a

afirmarse la postulación de lo autóctono. En la caracterización de este tipo de novela están implícitas la presencia de una cultura vista desde fuera, la significación de un mundo simbólico y su sincronía con nuevos modos y formas de producción en la dinámica de las sociedades tradicionales. Esta caracterización, en sus lineamientos principales, se hace extensiva a la novela minera de Bolivia y contribuye a entenderla como vertiente de autoctonía en la formulación de la identidad cultural del país y de sus regiones.

En suma

LA genealogía de la narrativa minera de Bolivia refleja las etapas de construcción de un mundo sin equidad, endurecido por la explotación. En tiempos del Potosí colonial surgió una literatura valiosa por sus relatos de leyenda e historia. Con la creación de la República, fruto de una guerra prolongada, terminó el régimen de la mita obligatoria y genocida, pero sin la narración de esa etapa singular de transición. En los años siguientes, feudalidad ambigua del siglo XIX, surgieron los "patriarcas de la plata", protagonistas de un periodo marcado por una notoria infecundidad narrativa. En el siglo XX se encumbraron poderosos "barones del estaño"; la tecnología transformó el paisaje físico y la explotación ensombreció el alma de los mineros. Ésta fue la etapa de mayor creatividad y producción de la novela minera. A partir de la nacionalización de 1952 el Estado habla de las minas con una voz aparentemente propia, en tanto que la voz verdadera se modula en remotos centros que regulan la dependencia del país y la miseria de los trabajadores. En esa etapa, los cuentos mineros compensan el silencio de la novela. Sin embargo, más allá de lo que representan las demarcaciones del tiempo histórico, el imaginario minero no ha cesado de irradiar su sello mítico. Para los señores de la mina seguirá centellando en renovadas pasiones y sueños de riqueza, fama y poder; para los trabajadores, se eclipsa cada día en las tinieblas de los socavones. En este juego de resultados inapelables la narrativa minera de Bolivia ha devenido espejo de un mundo abismado en la dialéctica de su destino.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcón, Anabel, *Érase una vez*, Buenos Aires, Imp. López, 1951 (1ª ed. La Paz, Crespi Hnos., 1935).
- Alonso, Carlos J., *The Spanish American regional novel: modernity and autochthony*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.
- Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé, *Historia de la Villa Imperial de Potosí*, Providence RI, Brown University Press, 1965.

- Baptista Gumucio, Mariano, *Narradores bolivianos*, Caracas, Monte Ávila, 1969
- Barba Alvaro, Alonso, *El arte de los metales*, Potosí, ed. Potosí, 1947.
- Betanzos, Juan de, *Suma y narración de los incas*, Madrid, 1987 (1ª edición incompleta en *Biblioteca Hispana Ultramarina*, Madrid, vol. v, 1880).
- Cañete y Domínguez, Pedro Vicente, *Guía de la Providencia de Potosí*, Potosí, ed. Potosí (col. *Cultura boliviana*), 1952.
- Capoche, Luis, *Relación general del asiento y Villa Imperial de Potosí*, ed. de Juan Pérez de Tudela, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, tomo CXXII, 1959.
- Cerruto, Óscar, *Aluvión de fuego*, Santiago, Ercilla, 1935.
- Céspedes, Augusto, *Metal del Diablo*, 18ª ed., La Paz, Juventud, 1998 (1ª edición de Talleres Gráficos de Alfonso Ruiz y Cía., Buenos Aires, 1946).
- Costa du Rels, Adolfo, *Los Andes no creen en Dios*, La Paz, Los Amigos del Libro, 1994 (1ª edición de Planeta, Barcelona, 1973).
- Crespo, Alfonso, *Los Aramayos de Chichas*, Barcelona, Blume, 1981.
- Crespo R., Alberto, *La guerra entre Vicuñas y Vascongados*, La Paz, Juventud, 1975.
- Dávila, Óscar, *Espirales de Viento. historia novelada de la minería del estaño en Bolivia*, La Paz, Manuela del Diablo Editores, 1999.
- Frontaura Argandoña, Manuel, *El precursor*, Santiago, Zig Zag, 1941.
- Guillén Pinto, Alfredo, *Mina*, La Paz, Talleres Gráficos Bolivianos, 1953.
- Guzmán, Augusto, *Panorama de la novela en Bolivia*, 2ª edición, La Paz, Lib. ed. Juventud, 1985.
- Hobsbawm, Eric, *Historia del siglo xx*, Buenos Aires, 1998
- Jaimés, Julio Lucas, *Crónicas potosinas*, Potosí, s/e.
- Mendoza, Jaime, *En las tierras del Potosí*, Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1976 (1ª edición de Imprenta Viuda de Luis Tasso, Barcelona, 1911).
- Mitre, Antonio, *El monedero de Los Andes: región económica y moneda boliviana en el siglo xx*, La Paz, Hisbol, 1986.
- Omiste, Modesto, *Crónicas potosinas*, Potosí, El Tiempo, tomos I, II y III, 1893-1896.
- Peñaloza, Luis, *Nueva historia económica de Bolivia: de la independencia a los albores de la Guerra del Pacífico*, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1995.
- Poppe, Ricardo Pastor, *Cuentos mineros del siglo xx, Antología*, Cochabamba-La Paz, Los Amigos del Libro, 1995.
- , *Escritores andinos: la mina, lo telúrico y lo social*, Cochabamba-La Paz, Los Amigos del Libro, 1987.
- Querejazu Calvo, Roberto, *Llallagua, historia de una montaña*, La Paz-Cochabamba, 1978.
- Ramírez Velarde, Fernando, *Socavones de angustia*, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1970.
- Soriano Badani, Armando, *Antología del cuento boliviano*, 3ª edición, La Paz-Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1997.
- Taboada Terán, Néstor, *El precio del estaño*, La Paz, Juventud, 1969.
- Viña, José Enrique, *Cuando vibre la entraña de plata*, La Paz, Universo, 1948.
- Villegas V., Hugo, y Mario Guzmán Aspiazú, *Canchamina*, La Paz, Universo, 1956.
- Wiwsser, Moema, *Si me permiten hablar: testimonio de Domitila*, México, Siglo XXI, 1977.